

Los elogios tributados á la hermosura y al cutis, siempre fresco, de aquella belleza sin par llamada Ninon de Lenelos, nos hubieran parecido exagerados é hijos tan sólo de la fantasía, si hasta nosotros no llegara el secreto, oculto por entonces cuidadosamente en su tocador. No era otro, como saben todas nuestras antiguas lectoras, que la *Véritable Eau de Ninon*, cuyo uso continuo previene las arrugas, hace desaparecer granos y manchas rojizas y hermosa la epidermis, conservándolo toda la frescura de los quince abriles.

V. DE CASTELFIDO.

París 10 de Febrero de 1907.

LA PRIMA LUCÍA.

Continuación.

Lucía, balbuciendo palabras de gratitud, siguió al notario y entró en un gabinete, cuya puerta daba á la misma escalera. Aunque el aspecto de aquel despacho era poco atractivo, en las carpetas verdes que cubrían sus paredes se leían los títulos y apellidos más aristocráticos de Francia, y allí se ventilaban á diario asuntos de grandísimo interés.

El Sr. Verger acercó una butaca á Lucía, y dejó el sombrero sobre el escritorio.

—¿A quién tengo el honor de hablar?— preguntó con afabilidad.

—Mi nombre le será á usted desconocido, ó, por lo menos, lo tendrá completamente olvidado, porque los negocios míos que le están encomendados son muy modestos. Soy la sobrina del señor de Fontelay, que acaba de morir.

—Y á quien yo, á pesar de todos mis esfuerzos, no pude decidir á que modificara su testamento. ¿Es de esto de lo que quiere usted hablarme? En tal caso, temo que no haya ninguna esperanza.

Mientras pronunciaba estas palabras, su fisonomía reflejaba cierta expresión de desconfianza, que, por fortuna, pasó inadvertida para Lucía.

—¡Oh, no!— respondió candorosamente.—Aun en la hipótesis de que yo tuviera derechos, que no tengo, y pudiera conseguir la anulación de su testamento, de ninguna manera lo intentaría, por respeto á su última voluntad.

El rostro del notario recobró su aire de benevolencia.

—Entonces ¿de qué se trata?

—Soy propietaria de una pequeña casa en Clamart, que me legó un pariente, mi mejor amigo; murió hace nueve meses; desde entonces esa casa, que ni se alquila ni se vende, constituye mi única fortuna; mientras no pueda disponer del precio de la venta ó del importe del alquiler, tengo que vivir al amparo de mi familia, y esta situación ha llegado ya á ser insostenible.

Hablaba con aparente calma; pero, á su pesar, hubo algo en el tono en que pronunció las últimas palabras que conmovió el corazón del notario, permitiéndole adivinar uno de esos terribles dramas que se desarrollan en el secreto de los hogares y atormentan á pobres seres aislados y desvalidos.

—¿Y estoy yo encargado de la administración de esa casa?— preguntó, mientras consultaba un libro de apuntes.—No extrañe usted la pregunta, porque la multitud de mis asuntos no me permiten recordarlos todos, y tengo necesidad de abandonar á mis empleados, dentro de ciertos límites, la gestión de algunos de ellos.

—He ido hace pocos días á Clamart, y en el anuncio puesto en la casa se cita el nombre de usted y el de otro notario de aquella localidad. Además, sé que mi tío tenía á usted en gran aprecio, y he creído que no se negaría á darme un consejo.

El Sr. Verger tocó un timbre, y á los pocos momentos entró en el despacho un empleado, sorprendido por encontrar allí á su jefe, á quien momentos antes había visto salir.

—¿Quiere usted decirme lo que sepa de Villa Alegre, situada en Clamart, que consta (y mientras hablaba el notario iba consultando su libro de apuntes) de una casa, un jardín de veinte áreas, un patio....

—La cual villa pertenece á la señorita Lucía Artel, sobrina de nuestro difunto cliente el señor de Fontelay—interrumpió el empleado, dirigiendo una mirada á Lucía.

—Perfectamente. ¿No se ha encontrado ni comprador ni inquilino en condiciones aceptables?

—Con arreglo á las instrucciones del señor de Fontelay, debíamos esperar su impaciencia una oportunidad favorable. Se ha presentado un inquilino que ofrecía ochocientos francos, y dos compradores, el uno por diez y seis mil y el otro por diez y ocho mil francos; la propiedad vale de veintiocho á treinta mil. Hemos dado noticia



3.—Traje de calle.

Núm. 3.—La falda de este traje, de sarga color violeta, se dispone formando pliegues en la parte de atrás y se gusnece por abajo con trencilla negra, sobre la que corre otra color violeta haciendo dibujo. El paletó es recto, se adorna del mismo modo y se abre sobre un chaleco de paño color naranja; tanto el cuello, que es ancho, como las bocamangas, se ejecutan de astrakán. Completan la guarnición varios motivos de pasamanería.

Materiales: 5 m. de sarga, de 1,20 m. de ancho; 15 centímetros de paño; 13 m. de galón de pasamanería; 7 m. de trencilla, de 1 cm. de ancho; 5 m. de trencilla, de 3 cm., y 15 botones.

al tutor de la señorita Artel, el cual contestó que procediéramos según las instrucciones del señor de Fontelay, y éste, á su vez, nos dió orden de no aceptar ninguna de esas proposiciones. Por último, hoy mismo, hace una hora, se ha presentado un joven solicitando alquilar la casa para una señora.

—¿Ha ofrecido alguna garantía? ¿Cuál es su nombre?

El empleado dirigió á su jefe una mirada sig-

nificativa, que no pasó inadvertida para Lucía.

—¿Hoy mismo, hace una hora? Ese joven es, sin duda, el señor de Goasmour, y ha venido enviado por su tía—dijo Lucía, sintiendo que sus mejillas se cubrían de rubor.

—Está bien; muchas gracias—dijo el señor Verger á su empleado;—mañana nos ocuparemos de esto asunto.

—Caballero—dijo la joven,—la señora de Goasmour es una excelente amiga mía que, por lo visto, quiere socorrerme de una manera delicada; pero estoy segura de que jamás habitará la casita de Clamart, y, por razones especiales, todavía menos que de mis parientes podría aceptar de ella un socorro. Ruego á usted que no permita esta ofensa á mi dignidad, y que trate de vender ó alquilar la casa á cualquier precio. Confío en la bondad de usted. Hágase cargo de mi situación; me encuentre entre mi tía Fontelay, que me presta su ayuda, violentándose mucho y sin ocultar su contrariedad, y mi tía Berry, que tiene numerosa familia, y para quien represento una pesada carga. No quieren que me dedique á dar lecciones; me falta un año para ser mayor de edad, y hasta entonces mi vida va á ser intolerable.

Había, más que en estas palabras, en el tono y el acento con que fueron pronunciadas por Lucía, tal angustia, que interesó vivamente al Notario.

—Y sin embargo, hija mía—dijo con cariñosa expresión,—ni su tutor ni el consejo de familia podrían autorizarme para proceder de esa manera.

—Mi tutor no entiende absolutamente nada de estos asuntos, y accederá á cuanto usted le proponga.

El Sr. Verger reflexionó un instante.

—Escúcheme; es imposible vender por el precio que nos ofrecen una propiedad que vale treinta mil francos, pero tal vez consigamos alquilarla haciendo un contrato de corta duración.

Tocó el timbre, y de nuevo se presentó el empleado.

—¿Quiere usted ver en qué fecha se nos ofreció alquilar la villa en ochocientos francos?

—La oferta se nos hizo el mes último, y el interesado nos dejó su tarjeta.

—Muy bien; pues hágame el favor de escribirle mañana mismo, tratando de obtener mil ó, por lo menos novecientos francos de alquiler.

—Sería inútil, señor; declaró formalmente que no daría más de los ochocientos francos ofrecidos.

—En tal caso, escriba al tutor de esta señorita explicándole todo lo ocurrido, y cuando tengamos las autorizaciones necesarias, procure arreglarse con ese caballero, si no ha cambiado de manera de pensar, y reduzca todo lo posible la duración del contrato, limitándolo á un año, si á ello no se opusiese el interesado.

El empleado saludó y salió del despacho.

—¡Cuán agradecida estoy á usted!—dijo Lucía.—Al fin voy á conquistar un poco de independencia.

—Sin embargo, se trata de una suma muy modesta; pero, puesto que se contenta con ella, á falta de otra mejor solución, espero que pronto conseguiremos alquilar la villa; y permítame ponerme á sus órdenes para cualquier asunto en que yo pueda serle útil.

El Sr. Verger estrechó la mano que le tendía Lucía, y la acompañó hasta la puerta.

—¡Desgraciada niña!—murmuró al verla bajar rápidamente la escalera.—¡Desgraciados parientes pobres!

Y moviendo la cabeza, como quien se da perfectamente cuenta de esos dramas, inadvertidos para la sociedad, pero con frecuencia espantosos, que se desarrollan en el seno de las familias, bajó á su vez con paso más lento.

Lucía comió sola, con gran satisfacción suya. Hizo preguntar á su tía si podría recibirla; pero habiendo contestado la señora de Fontelay que tenía un gran dolor de cabeza, la joven se encerró en su cuarto, preparó su maleta y rogó á uno de los criados que avisara un coche para la mañana siguiente.

Durmió poco y mal. La forma en que iba á salir de aquella casa, porque no había de intentar despedirse de su tía á las seis de la mañana, le parecía cruel y depresiva, y tampoco podría fundar grandes esperanzas de consuelo en el recibimiento que le harían en Cosquer.

Se levantó muy temprano; escribió á la señora de Fontelay una lacónica carta dándole gracias y anunciándole que esperaba poderse bastar á sí misma, en plazo breve, y bajó de su cuarto á las seis de la mañana, cuando la cocinera, de muy mal humor, le enviaba una taza de choco-